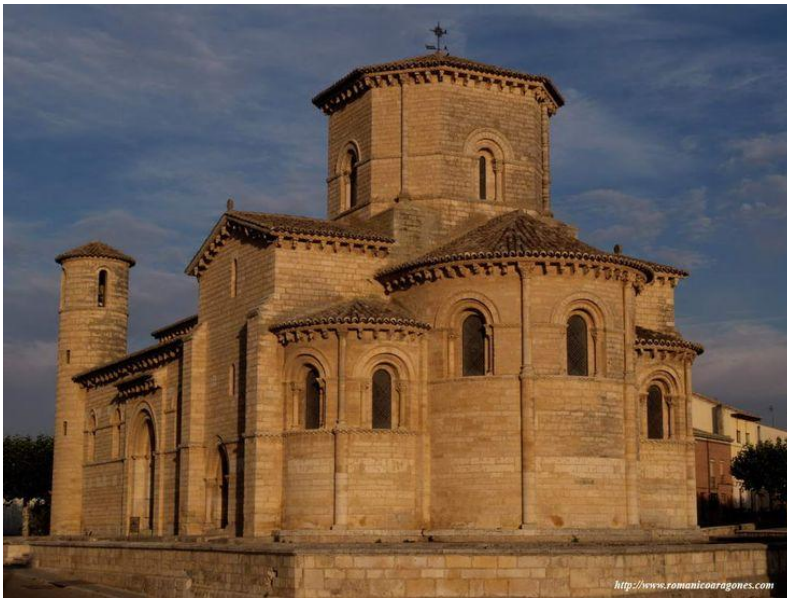


Domingo 5 de Pascua – Camino a Casa

Celebramos el quinto domingo de Pascua, y entramos en la última etapa del tiempo pascual. Y cada año, en este domingo la liturgia retoma los diálogos de la Última Cena en el evangelio de Juan, que son diálogos de despedida: ante la inminencia de la Pasión, que pone fin a la presencia física entre los suyos, Jesús los consuela y los orienta para que puedan superar el desafío de su ausencia: “no se turbe su corazón, crean en Dios y crean también en mí”. Pero Juan presenta estos diálogos de tal modo que nos invita también a leerlos de otro modo: como la despedida entre Jesús Resucitado y sus discípulos ante la cercanía de la Ascensión, que celebraremos dentro de dos semanas y que pone fin a la presencia visible de Jesús resucitado con los suyos. Es como si el recuerdo de ambas situaciones se hubiera fundido en una sola conversación. Y a nosotros nos ayuda a reflexionar sobre cómo vivir desde la fe esta tensión, la alegría de la Resurrección del Señor y el desafío de su ausencia.



Lo primero que procura Jesús es fortalecer la esperanza de los discípulos, su confianza en alcanzar la meta. “En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no, se los habría dicho, porque me voy a prepararos un lugar. Cuando vaya y les prepare un lugar, volveré y los llevaré conmigo, para que donde estoy yo estén también ustedes”. *La casa de mi Padre* es, claramente, la vida eterna, la vida íntima de Dios, “su corazón”; las *muchas moradas* representan la

amplitud infinita del amor de D, que abraza a todos los hombres en sí, pero de modo tal que cada uno tiene en él un lugar único. *Les prepararé un lugar*: la ausencia de Jesús no es olvido ni indiferencia, Él sigue viviendo para nosotros, Jesús Resucitado es el anfitrión que nos da acceso a la Casa del Padre. En síntesis, la separación es solo la preparación del encuentro definitivo.

Y concluye con una frase provocadora: “adonde yo voy, ya saben el camino”. Los discípulos quedan sorprendidos, porque no tienen conciencia de conocer el camino. Y se hacen voceros de esta reacción dos discípulos, Tomás y Felipe, los dos “realistas”, o más bien, escépticos, del grupo de los Doce. Tomás es el que duda del testimonio de sus compañeros de que Jesús había resucitado (“si no lo veo no creeré”). Felipe es aquél a quien Jesús pone a prueba en la multiplicación de los panes, preguntándole como harían para alimentar a la multitud. Felipe inmediatamente hace todos los cálculos y llega a la conclusión de que es imposible. Por eso, las intervenciones de ambos son similares.

Tomás le dice a Jesús: “Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?” Ha comprendido las palabras de Jesús en un sentido puramente material, como si la Casa del Padre tuviera una dirección y un camino físico que condujera a ella. Pero *camino* significa aquí “modo de vida” (en el libro de los Hechos, se llama al cristianismo “el Camino”). Jesús quiere decir:

“conociéndome a mí, conocen el camino (la vida que deben imitar)”. Más aún, agrega: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”: el camino (que es Jesús Resucitado en su misma p) no es algo *separado* de la meta: cada paso del camino es ya un modo de alcanzar la meta, es participar cada vez más de “la Verdad y la Vida”.

Felipe (el calculador), dice a su vez: “muéstranos al Padre y nos basta”. Es también una comprensión meramente material, como si Jesús y su Padre estuvieran *separados*, y el Padre pudiera ser “mostrado” como cualquier un objeto o persona cualquiera, sacado de su escondite y visto con nuestros ojos físicos, de modo que ya no necesitaríamos de Jesús. Por eso Jesús responde: “quien me ve, ve al Padre; porque yo estoy en el Padre y el Padre está en mí”. Sólo a través de Jesús conocemos al Padre.

En resumen, tanto Tomás como Felipe expresan algo que tiene correspondencia en nosotros: por un lado, el profundo anhelo de ver a Dios, pero, al mismo tiempo, la impaciencia e incluso la exasperación de no tener una respuesta completamente clara e inmediata, sin necesidad de “camino” o dilaciones, en otras palabras, la pretensión de ser eximidos de la fatiga de creer. Pero si cedemos a esta impaciencia, terminaremos sumergidos en la “turbación”, es decir, el desaliento ante la ausencia de Jesús, llegando a lo que llamaríamos hoy una crisis de fe, que puede expresarse en la rebeldía ante D porque no se manifiesta con más claridad o, peor aún, en la sensación creciente de que lo único real es lo que se ve.

La respuesta de Jesús a nuestra impaciencia es clara: no hay atajos para llegar a Dios, no hay un camino hacia Él que no pase por la fe (“tengan fe en Dios y también en mí”). Y la fe es aceptar el camino (paso a paso, contra Tomás), aceptar el tiempo (éste no es el tiempo de la visión, contra Felipe). Y por eso es necesario aceptar las *mediaciones*: la Palabra de Dios (escuchar a quien no vemos), los sacramentos (en la eucaristía vemos de modo directo sólo las especies consagradas), la oración (ordinariamente sin signos de que estemos siendo escuchados), etc. La fe es siempre una *paradoja*: es experiencia de la presencia y ausencia de Jesús, de luz y oscuridad, de gozo y sufrimiento, de posesión e indigencia. Pero lo más importante es no dejarnos “turbar”, porque la ausencia, la oscuridad, el sufrimiento, la indigencia son transitorios; en cambio, la comunión con Dios y con Jesucristo es lo definitivo, la meta.

Y esa meta no está solo al final, sino que la vamos alcanzando ya en este mundo: cuanto más aceptamos humilde y pacientemente el camino de la fe, más claramente percibimos la presencia de Jesús Resucitado con nosotros, más cerca nos sentimos de la Casa del Padre.

P. Gustavo Irrazábal